

Un segundo escalafón sería el de los estetas. Aunque tiene antecedentes anteriores a Belmonte (la estética de *Lagartijo*, por ejemplo), Belmonte es el santo patrón de la estética torera moderna. Y tras él: *Chicuelo*, *Curro Puya*, Victoriano de la Serna, Pepe Luis Vázquez, Antonio Ordóñez, Rafael de Paula... (He nombrado a los que me conmueven más a mí: añadan ustedes los que gusten...).

Y el tercer escalafón podría ser el que obsesiona a los propios toreros y a los aficionados más entendidos. Es el escalafón de la capacidad y del dominio del toro. *Lagartijo*, *Guerrita*, *Joselito* (el más Grande), Marcial, Domingo Ortega, Paco Camino, Enrique Ponce... y Félix Rodríguez, por supuesto.

Jerarquizar, comparar, medir, definir estos tres grupos de toreros es uno de los pasatiempos de los viejos toreros y de los pocos aficionados que aún quedan. La actualidad aburre, la crítica taurina del momento es nauseabunda. Así que cuando la charla se pone interesante, surge la evocación de las sombras del pasado, incluyendo a algún torero actual digno de elogio. Y entonces se habla de lo que pudo ser y no fue... Si el *Espartero* y Antonio Montes hubieran sobrevivido ¿hubiera existido “la revolución de Belmonte”? Si *Bailaor* no se hubiera cruzado con *Joselito* ¿a dónde hubiera llegado? ¿Habría dejado José consolidarse a los toreros de los años veinte? Si Félix Rodríguez no hubiera tenido sífilis ¿en qué posición hubieran quedado Domingo Ortega y Manolo Bienvenida? Si Pepe Luis Vázquez hubiera tenido raza, ¿podría haber formado junto a *Manolete* una pareja superior a la de José y Juan?...

He aquí unas cuantas preguntas muy sugerentes para envenenar y animar cualquier reunión de buenos aficionados. Las dejo en el aire para contestarlas otro día. Y divagando, divagando, intentado contestar preguntas como estas, se desata la melancolía. Salen a pasear los dioses menores... ¿Os acordáis de cómo banderilleaba *Magritas*? ¿Y *Faroles*? ¿Y el *Vito*? Salen a la palestra aquellos novilleros que hicieron alguna vez alguna faena portentosa y que nunca repitieron: el *Exquisito*, Rafael Osorno, *Frasquito*, Luis Alfonso Garcés, Alfonso Merino, el *Capitán*. Un conglomerado de novilleros españoles y mejicanos que tuvieron la desgracia de hacer la faena de su vida muy al principio de su carrera. Como no fueron capaces de repetirla, decepcionaron a todos y marcharon al purgatorio del toreo.

Esos no tuvieron capacidad. Pero ¿y los que fueron capaces de hacer continuamente faenas grandes y no fueron figuras? Entramos en el escalafón

amargo de los toreros malditos. Y entonces se habla de injusticias y mala suerte. ¿Cómo es posible que Rafael Ortega, matando así y toreando tan bien no estuviera nunca en la primera fila? *Miguelín*, con su asombroso poderío, dominador de los tres tercios. Por cierto, en banderillas fue un punto y aparte. Podía con todo y era capaz en una tarde de cortar seis orejas a tres toros en Madrid. ¿Cómo es posible que Antonio Bienvenida con aquella clase toreara tan poco y corridas tan duras?. Y ¿Pepín Martín Vázquez? Toreando mucho mejor que cualquier otro en los años cuarenta, desapareció del firmamento taurino en un abrir y cerrar de ojos. Los toreros del verano madrileño, también tienen aquí su rincón. Bernadó, Raúl Sánchez, *Calatraveño*, Sánchez Bejarano..., que mataban con éxito aquellas corridas pavorosas y no les servía para nada. Y entonces se echa una ojeada inmisericorde y cruel a la otra acera, a esos toreros que tuvieron su momento de éxito, que estuvieron en todas las ferias y que ganaron su dinero sin valer un duro. Es inevitable hablar del maldito por excelencia: Félix Rodríguez. Este era el auténtico e indiscutible heredero de *Joselito*. Y se llevó su gloria por delante una sífilis, y para más escarnio, por la escandalosa fama de la enfermedad, una sociedad hipócrita y cínica le dio la espalda olvidando todas aquellas tardes que le había aplaudido y le dejó morir en la soledad más espantosa.

Verdaderamente Félix Rodríguez es el único torero maldito. Tenía todas las cualidades para haber sido un torero de época, incluyendo el pundonor y la ambición, motores esenciales para no ser desplazado de la primera fila. Sólo la enfermedad, es decir, la mala suerte le apartó de su camino. En todos los demás casos de toreros presuntamente malditos, es decir, con grandes cualidades para ser figura pero que no lo fueron, en todos, repito, hallamos una grieta que hizo que el edificio se derrumbara. Hay una explicación lógica y comprobable que demuestra que su sitio era la segunda fila. Y a pesar de la devoción que sentimos por ellos muchos aficionados, la realidad, que es tozuda, hace que tengamos que reconocer que su sitio a la postre era el de segundones.

Por ejemplo, Rafael Ortega, torero queridísimo por los aficionados de gusto clásico, estaba muy bien un domingo de abril en Madrid toreando con dos medianías. Pero un mes después, le ponían en San Isidro con Ordóñez y Aparicio y ese día fallaba. No tenía carácter. Y el triunfar a *golpe cantao* el día que hay que hacerlo es esencial para ser figura del toreo. La personalidad de *Miguelín*, entre depresiva e irresponsable, hizo que malgastara sus asombrosas cualidades. Esto debe ser tremendo: el saber que no se ha sido más únicamente por culpa de uno mismo. Tremenda amargura. Amargura que siempre rumió en su vejez el *Niño de*

*la Palma*, contemporáneo riguroso de Félix Rodríguez y que después de generar unas expectativas tremendas, acabó de banderillero, pues su débil carácter no fue capaz de afrontar la grave responsabilidad que le echaron sobre los hombros. Antonio Bienvenida y Pepín Martín Vázquez arrollaron mientras los toros no les calaron. Cuando les hicieron sangre, y la verdad es que les hicieron mucho daño, uno quedó en torero detallista y el otro desapareció.

Reponerse de cornadas tremebundas es otra de las exigencias para ser figura del toreo. Todas las figuras han pasado por eso. Quien no se sobrepone es que no tiene pasta de figura. Y en este comentario incluyo también a los toreros más artistas, pues a pesar de su desigualdad, cuando les ha salido un toro bueno han sabido abandonarse y torear con el máximo valor. No acompañando, toreando. No conozco a ninguna figura del toreo que no haya tenido valor del bueno, al menos en los momentos claves de su carrera.

Otros eran constantes. Cuando los toros los cogieron no se amilanaron. Pero no tenían personalidad o tuvieron la desgracia de tener por delante a toreros inconmensurables. Es obvio que fue mucho más caro colocarse en la primera fila en los años cuarenta o sesenta que en los setenta u ochenta. Y que un segundón de una época gloriosa hubiera sido figura en otra época menos competitiva, y viceversa. Una figura de los ochenta, en los cuarenta hubiera sido un diestro de segunda categoría. Los públicos comparan con respecto a lo que hay en el mercado. Eso sí: hay nombres intocables: José Gómez Ortega hubiera sido el mismo en cualquier época. Quizá con otros métodos y otros procedimientos, pero siempre arriba. El primero. Hay evidencias irrefutables. Los toreros que por un golpe de suerte o por un padrinazgo influyente estuvieron dos o tres años en las ferias sin merecerlo, después se diluyeron sin apenas dejar rastro. El tiempo los desmoronó.

Ya lo hemos visto: más o menos el toro puso en su sitio a todo el mundo. Menos a Félix Rodríguez. A este fue la sífilis la que le puso en una silla de ruedas... Esta es su terrible historia.